

## Contradicciones y conflictos en la alborada: el caso del testimonio de Yolanda Colom<sup>1</sup>

Vicki Román-Lagunas\*

Recibido: enero de 2015 / Aceptado: febrero de 2015

Este trabajo es un análisis de *Mujeres en la alborada* (1992), testimonio de Yolanda Colom. La autora, perteneciente a la clase media alta guatemalteca, toma partido por la Revolución y relata sus experiencias como guerrillera entre 1973 y 1978. A pesar de que han pasado más de 40 años de los episodios relatados en esta obra, el hecho de que el libro lleve cuatro ediciones (la última en 2013), es prueba de la actual validez de aquella lucha por una sociedad más justa. Se analiza este texto como testimonio femenino y se sitúa a la autora en la larga tradición del ensayo en Guatemala y dentro de la tradición más reciente del género *testimonio* en Centroamérica.

**Palabras clave:** testimonio/ testimonio femenino / Guatemala / ensayo / Y. Colom

Yolanda Colom, quien se identifica como “mujer, ladina y capitalina” (2013, pp. 79, 90) proveniente del “sector acomodado (privilegiado [124]) y opresor de la sociedad” (p. 90), escribe y publica su *Mujeres en la alborada* con el propósito de “dar a conocer algo de [su] experiencia como ciudadana y revolucionaria guatemalteca” (“Agradecimiento”). Como en toda narrativa testimonial centroamericana, en ésta observamos la articulación de aspiraciones a una nación “digna y justa,” a la eliminación de la explotación y opresión, y a la valoración de los derechos de los más pobres y oprimidos (“Nota de la autora”). La autora provee una descripción detallada del diario vivir como guerrillera “en la montaña:” no sólo hace lo imposible para

\* Vice Provost for Academic Affairs. Department of Academic Affairs, Northeastern Illinois University, Chicago, Illinois. 5500 N. St. Louis Avenue, Chicago, Illinois. 60625-4699; (773) 442-4743. Correo electrónico: v-roman-lagunas@neiu.edu .

1 El 14 de julio de 2013 se publicó la 4ª edición de este testimonio. Para celebrar esta nueva edición, Juan Diego Oquendo del periódico guatemalteco *El Acordeón* entrevista a Colom. Ella explica que escribió sobre un “fragmento de militancia” entre 1973 y 1978 en el año 1992. Artemis y Edinter publicó la 1ª edición en 1998. El hecho de que han pasado más de cuarenta años desde la época de guerrillera descrita y la exitosa publicación de una 4ª edición es una prueba de la vigencia de su obra, así como de la vigencia de su lucha por una sociedad guatemalteca “digna y justa.”

enfrentar y cumplir con el trabajo y los desafíos físicos nuevos y enormemente difíciles (especialmente dado su alcurnia de mujer ciudadana de clase media alta), también se dedica a prepararse a sí misma y a sus compañeros política e ideológicamente para las luchas que luego enfrentarían. Hay, además, un estudio psico-sociológico de la sociedad contemporánea guatemalteca y una explícita y cáustica denuncia del sistema político-económico “putrefacto” (p. 63) que permite el enriquecimiento de muy pocos “a costa del trabajo, de la dignidad y de la vida ajenos” (p. 23).

Colom escribe, entonces, un testimonio “directo” o “inmediato,” – “aplicando un estilo desenfadado y coloquial e incorpora [ndo] temáticas de lo marginal, lo anecdótico y lo aparentemente frívolo” (Álvarez Casas, 2013) – muy parecido (en cuanto a la situación narrativa) al de Omar Cabezas en Nicaragua en su *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde* (1987). Las dos obras testimoniales representan el caso de un miembro de las clases más acomodadas, educadas y no discriminadas que se une a la revolución por su comprensión de la necesidad urgente de un cambio radical en la sociedad. Asimismo, los dos autores encuentran su motivación en el acto de participar con los oprimidos y victimizados por las respectivas estructuras sociales, económicas y políticas. Específicamente, Cabezas se siente motivado cuando se da cuenta de su propia transformación en la montaña en “hombre nuevo,” y usa el poder de la palabra para convertir a otros, en “hombres nuevos” – seres que representan sólo una parte de una poderosa “voz colectiva” capaz de hacer los cambios necesarios en la sociedad (Cabezas, 1987, pp. 104-105). De igual manera, al unirse a la guerrilla (también en la montaña) Colom se siente alentada por “el poder oculto y dormido de [los desposeídos] y en su capacidad de reaccionar al estímulo emancipador” (Cabezas, 1987, p. 255). Los dos autores se unen a la lucha con los oprimidos, utilizan y comparten con ellos su educación y preparación para ayudar en la lucha, para más tarde compartir el sufrimiento físico y psicológico de la vida de la guerrilla.

Ni Cabezas ni Colom son los primeros autores en sus respectivos países que analizan el problema de los oprimidos. Los distingue de los ensayistas anteriores a ellos 1) su creencia práctica y vital en la posibilidad de un cambio radical en la sociedad, 2) su voluntad de luchar junto con los victimizados por los sistemas político-sociales, 3) su pasión que los obliga moralmente a dejar la vida y los hábitos de las clases acomodadas para unirse a la lucha,<sup>2</sup> y 4) su descripción de la vida cotidiana de la guerrilla compartida con los más oprimidos. Es decir, comparten con los ensayistas que escribían en épocas anteriores a ellos el análisis crítico de una estructura social injusta; pero a diferencia de ellos, Colom y Cabezas se unen a las luchas revolucionarias por la justicia, como lo hicieron muchos miembros de la *inteligencia* centro-y sudamericana de las décadas de los 60, 70 y 80, y además utilizan el género testimonio (que llega a su plenitud en aquellos años) y no el ensayo para reflejar sus experiencias personales y colectivas.

---

2 En un estudio sobre la formación educacional de Colom, la investigadora norteamericana Susan Behrens explica cómo la educación de Yolanda Colom en el Colegio Monte María de las hermanas Maryknoll – un colegio para las hijas de las familias de la élite de Guatemala – irónicamente la preparó para su compromiso con la lucha por la justicia y la paz (Behrens, 2006, p. 112).

## El caso de Guatemala

En el caso específico de Guatemala, un poco más de un siglo antes de la publicación de la primera edición de *Mujeres en la alborada*, en 1894, el profesor (historiador, filólogo y sociólogo) guatemalteco Antonio Batres Jáuregui (1847-1929) escribió el ensayo “Los indios: su historia y su civilización” (Batres Jáuregui, 1995). De un modo sorprendentemente similar a Yolanda Colom, este autor describe y analiza a la población indígena guatemalteca, enumera las causas sociales, políticas y económicas del “estancamiento en que se encuentran los indios” (1995, p. 411), denuncia la situación de esclavitud a la que estaban sometidos, y culpa a la misma por ser el mayor impedimento al progreso en dicha nación. Treinta años más tarde (en 1924), aparece un estudio sociológico de Miguel Ángel Asturias sobre el mismo tema. En este ensayo, cuyo contenido y análisis el autor considera “urgentes” (Asturias, 1995, p. 417) (calificación estrechamente asociada con los textos testimoniales escritos medio siglo más tarde) examina los problemas de la población indígena guatemalteca, investiga las causas de los mismos y propone algunas soluciones. El autor aboga por la formación de una nación en la que haya solidaridad entre sus miembros, unidad de cultura y comunidad de aspiraciones. Considera que sin esta nueva sociedad, las leyes guatemaltecas seguirán siendo “de un empirismo lamentable” y los gobiernos seguirán al fracaso (Asturias, 1995, p. 418). Indica (¿augura?), además, que seguir ignorando a la población indígena resultará en una autoridad convertida en verdugo (tiranía), y en una población degenerada y débil o (aún peor), en una alzada en ardientes revueltas (p. 418). Asturias titula su ensayo “El problema social del indio” y lo comienza reconociendo el carácter persistente de este problema. Dice: “¿Qué el Problema no es nuevo? En ninguna parte como aquí se puede decir más propiamente que en el mundo no es nuevo sino lo que se ha olvidado...” (Asturias, 1995, p. 417)

El ensayo de Asturias parece una continuación (30 años más tarde) o quizás aún, una respuesta, al estudio de Batres Jáuregui. Y el testimonio de Yolanda Colom continúa lo escrito por Asturias. Ella constata que la población indígena guatemalteca sigue siendo olvidada y que su realidad no ha cambiado en lo más mínimo. Nada nuevo bajo el sol. A los ensayos de Batres Jáuregui y Asturias ella agrega que la rebelión por la que habían abogado ellos ya ha empezado y que no tiene para cuándo terminar. Ella además insiste en el hecho de que no son sólo los indígenas las víctimas de la estructura social injusta en Guatemala, sino que se incluye a los ladinos pobres. Quizás lo que más distingue el testimonio de Colom de los ensayos anteriores es que ella no analiza “desde afuera.” Ella participa en la lucha por la justicia. Su solidaridad no es filosófica o literaria. Al contrario de Asturias, repudiado contemporáneamente por su actitud paternalista ante las víctimas de la sociedad guatemalteca injusta, Colom actúa, se compromete con la lucha por una sociedad “digna y justa.”

Batres Jáuregui, Asturias y Colom forman parte de una larga tradición literaria guatemalteca en la que se percibe la necesidad urgente de descubrir o de revelar y denunciar la realidad patética de la gran mayoría de la población de ese país. Los tres comentan la miseria, el hambre, la ignorancia y el aislamiento en que vive esta población, y postulan que el enorme abismo entre la minoría rica y

la mayoría pobre e indígena es un impedimento al progreso nacional y a la justicia humana. Para los tres la realidad estática de los indígenas se debe tanto al sistema político, económico y social regido por la minoría ladina como al silencio e inacción de las clases acomodadas. Sugieren directa o indirectamente que éstas tienen una gran responsabilidad en cuanto a los pasos a dar para cambiar dicha situación, advirtiendo que tanto la palabra hablada y escrita como las leyes nacionales valen poco si es que no se pone en práctica lo dicho y escrito.

En cuanto a la situación narrativa, al incluir sus propias experiencias como participante en la lucha armada de la década de los setenta, el ensayo de Colom se transforma en testimonio: es decir, su obra continúa la tradición ensayística guatemalteca a la vez que enriquece tal tradición utilizando el género testimonial latinoamericano vigente en la época en que escribía.<sup>3</sup> Ella adopta un motivo común en los testimonios directos (aquí estamos pensando en Cabezas en Nicaragua, y en Nidia Díaz (1988) en El Salvador), que es la articulación de los sentimientos encontrados al renunciar a un estatus social privilegiado, “los títulos universitarios,” los seres queridos, las amistades, y los hijos, y el reconocimiento que este drama personal y el de otros revolucionarios como ellos “no era mayor ni más importante que el del pueblo” (Cabezas, 1987, p. 75). Sin embargo, a diferencia de otros escritores de testimonio, y probablemente sintomático de testimonios escritos varios años después de la experiencia vivida y contada, esta autora se aleja del uso del “yo colectivo” que afirma su función representativa de un grupo sufrido y se concentra en las diferencias entre los revolucionarios para después evaluar y criticar – no sin amargura – las razones del fracaso de la lucha. En su testimonio describe las contradicciones y los conflictos inherentes en la transformación de una sociedad, enfocándose no sólo en toda Guatemala sino también deslindando las repercusiones que tantos siglos de ideas, costumbres y prácticas opresivas y discriminatorias tienen aun dentro del grupo revolucionario.

Subyacente en los estudios de Batres Jáuregui (1995) y de Asturias (1995), y aún más enfatizado en toda literatura testimonial, es la división del mundo entre “nosotros” y “ellos.” Para aquéllos el pronombre “nosotros” se refiere a los ladinos, y “ellos” se refiere a los indígenas. Aunque abogan por una sociedad igualitaria, sus ensayos demuestran una psicología paternalista en la que el indígena guatemalteco es un objeto de estudio: un “salvaje noble” pero sufrido, que merece la atención de los “buenos y avanzados” ladinos. De allí que se les critica por su actitud paternalista. Para ellos, aunque sea por culpa de los ladinos, los males que el indígena padece (el hambre, el analfabetismo, la ignorancia, la discriminación, el alcoholismo, etc.) no parecen tocar a ningún otro sector de la sociedad. Por otra parte, aunque Colom nombra los mismos males, llamándolos “enemigos,” ella enfatiza que no sólo los indígenas caen víctimas, sino que toda la sociedad guatemalteca, directa o indirectamente, consciente o inconscientemente, y en mayor o menor grado, sufre de los mismos problemas.

---

3 Para un estudio teórico y analítico de cómo defino el género testimonio refiérase al “Capítulo Uno” de mi tesis doctoral, *Latin American Testimonial Narrative, a “New” Genre: A Study of “La montaña es algo más que una inmensa estepa verde,” “I, Rigoberta Menchú,” and “Tejas Verdes.”* (Román-Lagunas, 1994).

Tomemos el caso del alcoholismo: Batres Jáuregui y Asturias reconocen el mal de los efectos del alcoholismo, pero sólo se refieren a éste en cuanto a los indígenas. Aquél postula que es "...el vicio más dominante entre la raza indígena" (Batres Jáuregui, 1995, p. 412), y éste declara que "...es el factor que más ha contribuido a señalar con taras degenerativas al indígena" (Asturias, 1995, p. 418). En cambio, para Colom el alcoholismo es el "flagelo social" (p. 55) y un "mal profundamente arraigado en la sociedad" (p. 85). ¿Será que en los tiempos de Batres Jáuregui y Asturias los ladinos no bebían? O tal vez también ellos habían internalizado la discriminación contra la cual ellos mismos se quejaban, disfrazándola, como dice Colom, "de paternalismo" (p. 123). Tenemos aquí un ejemplo preciso y claro de lo que esta autora considera el peso de "las ideas y las costumbres de siglos" (p. 110).

En el texto de Colom, el pronombre "nosotros" se refiere a todos los que se atreven a luchar por un mundo mejor "sin distingo de fronteras ni grupos étnicos" (2013, p. 73). Ella enfatiza las interrelaciones socialmente conflictivas que conforman el sub-mundo revolucionario: hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, campesinos y urbanos, ladinos e indígenas, pobres y acomodados. Aunque tiende a asociar a los campesinos, los pobres y los indígenas en un solo grupo por haber sido los más explotados y victimizados históricamente, ella destaca la fragmentación implícita entre toda la comunidad revolucionaria, señalando el "equilibrio precario" (p. 198) que es la base de ese organismo. Similar a todo testimonio, en *Mujeres en la alborada* hay mención y amplia comprensión de lo que es "el enemigo." Y similar a todos los narradores testimoniales, para Colom, el enemigo más odiado de la sociedad es una economía política capitalista basada en la explotación de muchos por parte de pocos, y apoyada y protegida por un régimen político corrupto y un ejército aterrante.

Por otra parte, *Mujeres en la alborada* se distingue de todos los textos a que hemos aludido porque su narradora destaca y enfatiza la tradición machista como una de las ideas y costumbres más perjudiciales para la sociedad guatemalteca. Colom dedica gran parte de su testimonio a describir la situación de la mujer campesina y/o indígena. Menciona, intercalando historias que ella misma había escuchado o presenciado: la compraventa de mujeres en matrimonio; la obediencia y servicio que ellas debían a todos los hombres de su familia (esposos, padres, hermanos, hijos); el abuso sexual que sufrían por parte de los patrones y el maltrato físico por parte de sus maridos (comenta en ambos casos la aprobación que la sociedad les otorgaba a estas prácticas); y la dificultad de ser madre, tener que enfrentar esa responsabilidad sola (por el obligado trabajo lejano del esposo), y tener que trabajar, dejando solos a los niños pequeños amarrados a muebles para protegerlos de los posibles peligros. Pero no se limita a la situación de las mujeres campesinas y/o indígenas. Usándose a sí misma como ejemplo, ella nos da a entender que aun las mujeres ladinas, capitalinas y de las capas medias de la sociedad, sufrían por los límites impuestos por la tradición machista. Comenta, por ejemplo, sobre la relación "a menudo contradictoria y difícil" entre ella y sus padres y hermanos porque "desde chica no sigu[ió] los patrones de comportamiento comunes a [su] sexo y medio social" (p. 9).

Las aportaciones y los logros previos de las mujeres guatemaltecas son resaltados en el texto de Colom con el fin de probar que la revolución contemporánea también requiere sus esfuerzos. Colom incluye varias historias que demuestran la energía

y valentía femeninas para luchar en contra de lo que la crítica feminista Yarbrow-Bejarano (1994) llamaba una “simultaneidad de opresiones:” opresión económica, discriminación racial, y represión por ser mujer. Lo que pudiera parecer una lista de “pequeñas luchas,” para Colom son “inmensas como punto de partida” (2013, p. 55): en los años 50 las mujeres ganaron el derecho de llevar el nixtamal a un molino eléctrico en vez de tener que molerlo a mano, y de peinarse y arreglarse todos los días – no sólo los domingos – y de usar un espejo; en los 60, lograron participar en reuniones de clubes de amas de casa; y en los 70, se asociaron con los esfuerzos de la Acción Católica y ganaron el derecho de escuchar programas de radio para educarse. Señala, además, que estas pequeñas “victorias” se lograron no sin mayores castigos físicos, mentales y emocionales por parte de los hombres y las mujeres ancianas.

Colom advierte, entonces, que en pleno período de revolución:

...A las mujeres nos planteaba el reto de desarrollar funciones, habilidades y conocimientos nuevos en los campos de la política, lo militar, lo agrícola y lo organizativo. Como también relativo a la sobrevivencia en la sierra y en la selva con un mínimo de recursos; y a la incursión en actividades tradicionalmente masculinas en nuestro medio, como son la caza y la pesca (2013, p. 105).

El destacamento de revolucionarios es calificado como un medio “guerrillero, campesino, indígena y masculino” (p. 100). Colom sostiene que para que la mujer aporte sus valiosas energías y destrezas, ella tiene que ignorar la tradición machista, y luchar contra lo que ella misma ha heredado de los siglos de esta tradición. Esta lucha comienza por darse cuenta de cuán inconscientemente entregadas al machismo están las mujeres. Otra vez la autora provee ejemplos de sus propias experiencias para que sus lectores perciban el grado profundo del problema: en los primeros contactos con diferentes poblaciones, las campesinas presumían que las mujeres del destacamento andaban acompañando a sus maridos. Cuando se les explicaba que no era así, las campesinas reaccionaban admiradas y/o sorprendidas. Además, compadecían desconcertadas a las guerrilleras, diciendo que debe ser “muy duro cocinar y lavar ropa de tantos hombres,” y expresaban la pena que sentían al imaginarse que seguramente estas raras mujeres revolucionarias tenían que acostarse con todos ellos.

Es más, Colom insiste en que no sólo las mujeres tenían que reconocer y rechazar las prácticas asociadas con la tradición machista. Todos los hombres revolucionarios: indígenas y ladinos, campesinos y urbanos, pobres y de capas medias, veteranos y reclutas recientes, también tenían que luchar contra ese mal social que llevaban en su sangre. Se da cuenta durante su estadía en la montaña que esto implica un trabajo enorme, difícil, conflictivo, largo y evolutivo. Hace resaltar esto mismo usando un ejemplo que no carece de comicidad. Cuando, en una de las sesiones de preparación política se enseñaba que no había que maltratar a la mujer, los hombres respondieron:

De ahora en adelante, pues, ya no les vamos a pegar a nuestras mujeres con machete, porque, a veces bolos, en vez de darles planazos, les damos filazos y

las herimos. De ahora en adelante, cuando nos enojemos con ellas, sólo les vamos a pegar con varejón de guayaba (2013, p. 111).

Colom reconoce y lamenta que la mayoría de los hombres del Ejército Revolucionario Guatemalteco (ERG), tanto en los diferentes destacamentos como en la ciudad, no logró reconocer la inmensa necesidad y el esfuerzo aún más inmenso que implicaban el rechazo al machismo. Aunque “la organización planteaba que las mujeres debía[n] participar en la sociedad y en la lucha revolucionaria en términos de equidad con el hombre” (p. 109), y aunque “la dirección de la montaña promovía nuestra participación y desarrollo,” Colom se queja que los hombres subestimaban y recelaban el empeño de las mujeres (p. 130).

Otro ángulo del mismo problema se resalta al final del texto: al enumerar las razones del fracaso de la lucha armada de los años 70, Colom destaca el hecho de que varios – quizás demasiados – combatientes, tanto de la directiva como de los destacamentos, no reconocieron la necesidad del trabajo formativo político, ideológico y organizativo. Más bien enfatizaron la necesidad de combate frontal y calificaban como cobardía el evitar batallas contra el ejército. Demostraron que valoraban en contraste con sus convicciones políticas, la voluntad, el heroísmo, el individualismo, el personalismo y el deseo de poder aun dentro de la organización. Es innegable que éstas son cualidades determinantes del carácter del macho. Está de más decir que éstos son los valores que más se asocian con la tradición machista. En *Mujeres en la alborada*, entonces, el machismo no es sólo una tradición perjudicial y enemiga para la sociedad guatemalteca, sino que también es indirectamente e implícitamente señalado como una de las principales causas del fracaso de la revolución en Guatemala.

Los otros enemigos de la sociedad guatemalteca mencionados ininterrumpidamente en la tradición ensayística y testimonial de ese país (el analfabetismo, el alcoholismo, la miseria, el clasismo, la discriminación, el racismo, la opresión, la ignorancia, la explotación, las barreras culturales), son también destacados como causas del fracaso. Para Colom, los revolucionarios, al igual que la sociedad entera guatemalteca, no pudieron librarse a sí mismos del yugo del tremendo peso de la herencia. Dice:

Las costumbres del pensamiento sedimentadas por años y generaciones mostraban ser más tenaces que nuestras ejecuciones, que nuestras certezas recién adquiridas y que nuestros comunes ideales por una sociedad nueva (2013, p. 130).

Esas costumbres, esas “trabas para el proceso emancipador, “pudieron más que los deseos de una sociedad justa”. Ellas ganaron. El peso de la tradición ganó. Además del énfasis en una valoración equivocada de las cualidades machistas de militarismo y guerrillerismo, el fracaso se debe directamente a la subestimación del trabajo político, ideológico y organizativo. Ella indica que justamente es este trabajo el que hubiera funcionado para borrar los rastros negativos de la herencia y para combatir a los “enemigos” que hostigan a la sociedad entera guatemalteca y a su sub-mundo revolucionario. Nosotros pensamos que si se hubiera hecho este trabajo



político, ideológico y organizativo, el cual la autora identifica implícitamente como “femenino” no sólo resultaría en una sociedad transformada – acercándose a la ideal por la que han abogado Batres Jáuregui, Asturias y Colom – sino que seguramente los estudiosos de la literatura guatemalteca nos encontraríamos con una tradición ensayística y testimonial nueva que reflejara esa alborada.

## Referencias bibliográficas

- Álvarez Casas, C. (2013). Yolanda Colom: La revolución y la vida desde la otra mirada. *Pacarina del Sur*, 4 (14). Recuperado el 10 de diciembre de 2014, de <http://www.pacrinadelsur.com/home/mascaras-e-identidades/619-yolandacolom-la-revolucion-y-la-vida-desde-la-otra-mirada>.
- Asturias, M. A. (1995 [1924]). El problema social del indio. En J. J. Himelblau (Ed.). *The Indian in Spanish America: Centuries of removal, survival, and integration: A critical anthology*, 2, (pp. 417-426). Lancaster, CA: Labyrinthos.
- Batres Jáuregui, A. (1995 [1894]). Los Indios: Su historia y su civilización. En J. J. Himelblau (Ed.). *The Indian in Spanish America: Centuries of removal, survival, and integration: A critical anthology*, 2 (pp. 405-416). Lancaster, CA: Labyrinthos.
- Behrens, S. (2006). Knowledge is not enough: Creating a culture of social justice, dignity, and human rights in Guatemala: Maryknoll Sisters and the Monte María “Girls”. *U.S. Catholic Historian*, 24 (3), 111-128.
- Cabezas, O. (1987). *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*. Managua: Editorial Nueva Nicaragua.
- Colom, Y. (2013). *Mujeres en la Alborada* (3ra ed.). Guatemala: Editorial Artemis y Edinter.
- Díaz, N. (1988). *Nunca estuve sola* (1a ed.). San Salvador: UCA Editores.
- Oquendo, J. D. (2013, 14 de julio). *El testimonio como salvación*. [Entrevista a Yolanda Colom]. Recuperado el 20 de julio de 2013, de <http://www.elperiodico.com.gt>
- Román-Lagunas, V. (1994). *Latin American testimonial narrative, a “new” genre: A study of “la montaña es algo más de que una inmensa estepa verde”, “I, Rigoberta Menchú”, and “Tejas verdes”*. Disertación doctoral, Florida State University. Ann Arbor: Dissertation Abstracts.
- Yarbro-Bejarano, Y. (1994). Gloria Anzaldúa’s borderlands/la frontera: Cultural studies, “difference,” and the non-unitary subject. *Cultural Critique*, (28), 5-28.